



Semana Cómica

LIT. MIRALLES, UNION, 17.

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA

HERMENEGILDO GOULA



Nadie vale lo que él vale
por su gracia y por su *aquel...*
Cuando él sale á escena, sale
la gracia de Dios con él.

SUMARIO

TEXTO.—*La Semana*, por Luis Royo Villanova.—*Ojo... al Congreso*, por A. Sánchez Perez.—*Las clases menesterosas*, por Manuel del Palacio.—*Cosas del director*, por José de Diego.—*Confidencias*, por José Estremera.—*¡Socorro!* por Eduardo Blasco. (*Blas Quito*).—*Madrid*, por Ricardo J. Catarineu.—*¡Mea culpa!* por Francisco Capella.—*Coplas reformadas*, por Carlos C. Catalá.—*El retorno*, por José M^a de la Torre.—*El niño enfermo*, por José Zahonero.—*Tomado al vuelo*, por Fernando Segura.—*De contrata*, por Antonio Fanosa.—*Chirigotas y Anuncios*.

GRABADOS.—*Hermenegildo Goula*, por Escaler.—*Carne de tablas*, por A. Fons.—*Cuento*. (Letra de M. Millán, dibujo de Cilla).—*Frases corrientes y Un anuncio*, por Escaler.—*Un par de pares*, por Escaler.



Apenas anunció el telégrafo que el *dengue* estaba en San Petersburgo, mil versiones corrieron por ahí, referentes al misterioso personaje, y creció el sobresalto de esas personas que siguen al minuto los movimientos de la Europa armada.

—Mucho ojo, señores: el Dengue está en San Petersburgo.

Y daba ganas de responderles:

—Si señor; y el diablo está en Cantillana.

Pero ¿quién es ese Dengue tan interesante y misterioso como el rey Arthur, el hombre de la máscara de hierro ó el pastelero de Madrigal?

Creyeron algunos que, hallándose en la ciudad de los Czares, no podía ser más que algún osado jefe del nihilismo, que llegaba cargado de dinamita y dispuesto á hacer volar á San Petersburgo, convirtiéndole de santo simple en santo con alas ó arcángel, como San Rafael y sus dos compañeros en categoría celestial.

—No señor—afirmaban otros:—ese *Dengue* ¡su nombre lo está diciendo! es un gitano que va en busca de ese príncipe ruso, infame raptor de Soledad.

Mas esta idea del viaje por la venganza es inadmisible.

Porque ¿quién ha de creer que un hombre se venga... y se vaya al mismo tiempo?

Mas tarde, el telégrafo amplió sus noticias y ya supimos á que atenernos.

—El Dengue—se dijo—es un mal general.

Pero esto era todavía más inverosímil.

Porque si mal general es el que se pronuncia, en Rusia no debe de haber malos generales.

Skolobeff, Meldriakoff, Gortochakorifls...

Ya lo ven ustedes. Ninguno de ellos puede pronunciarse.

Por fin se supo la verdad entera y averiguamos que eso de «mal general» no quiere decir jefe traidor ó cobarde, sino enfermedad contagiosa y epidémica.

Dengue es un mote puesto por los sevillanos á la dolencia que en otras provincias se conoce con el nombre de *trancazo*.

La enfermedad no puede ser más sencilla.

Su pronóstico no es grave, su diagnóstico es fácil de hacer, su cuadro de síntomas se reduce á sentir el enfermo la misma impresión que si le hubieran molido á palos.

¡Acabáramos de una vez! El Dengue, por lo que resulta, es cosa antiquísima.

¿Qué tenía Sancho después de haberle manteado en la venta y después de aquella su *noche triste* en que abandonó el gobierno de la insula Barataria?

Nada más que el *dengue*.

¿Qué padecía D. Quijote después de cuasi todas sus aventuras?

Por las trazas, el dengue, sólo el dengue.

No digo yo que ahora suceda, pero hace años era frecuente que en los cuarteles, y sobre todo, en los presidios, ocurrieran fallecimientos ante los cuales el médico tenía que hacer prodigios de habilidad para dejar á salvo en la papeleta de defunción la responsabilidad de los jefes ó guardianes del fallecido.

En lo futuro, si ocurrieran casos por el estilo, la resolución del asunto sería sencilla.

¿Que algún quinto demasiado torpe ó algún penado demasiado discolo entran en la enfermería y de allí á poco entregan su alma á Dios bajo la impresión de una soberana paliza?

Pues no hay que tomar la cosa por donde quema.

La caridad, la filantropía y el altruismo no tienen por que alarmarse.

Esas han sido dos víctimas del *dengue*.

¡Ah! con aquella teoría pedagógica de los antiguos dómines, basada en el bárbaro privilegio de que «la letra con sangre entra», con aquel castigo de azotes del antiguo derecho penal, con aquella ordenanza severísima de los cuarteles y aquel régimen inquisitorial de los presidios, ¡cuán pocos estudiantes, rateros y penados llegaban á puerto!

Y en otro caso, ya supondrán ustedes á qué puerto era al que llegaban.

Al puerto... de Palos.

Nunca como en esta semana pasada, hemos podido ver lo útil que es hacer de tripas corazón.

Esto no solamente da valor, verdadero ó falso, sino que burla el propósito de los destripadores.

La noticia de que el asesino de Witechapel estaba en España fue crédulamente acogida por todos.

Y es natural.

Hay en nuestra clase baja tanto destripa-terrones y en nuestra clase alta tanto destripa-cuentos, que *Jack* en España no hubiera hecho más que añadir su nombre á la lista interminable de destripadores que por acá tenemos.

Sin duda por eso no ha venido; por no perder su originalidad.

Y así como así, de salir de Inglaterra, más falta hace su presencia en Francia que en España.

En París sería *Jack* un apostol de la moral y del decoro.

Ninguno mejor que él podía acabar con esa «danza del vientre» que tanto entusiasmo produce en nuestros vecinos.

Estamos poniendo en acción la fábula del pastor y el lobo.

Dijeron el mes pasado: ¡Que viene Boulanger!

Y el general se estuvo quieto.

Han dicho ahora: ¡Que viene *Jack*!

Y el destripador nos ha dado codillo.

El mejor día van á decir: ¡Que viene el Mesías! y ni los judíos lo van á creer.

LUIS ROYO VILLANOVA.

OJO... AL CONGRESO, QUE ES DE AMERICANOS

¿Qué es el hombre? Un misterio ¿qué es la vida?
Un misterio también; pasan los años...
Espronceda.

Y nada, no hay que darle vueltas: es una verdad como un templo...

Como un templo grande, por de contado. Pasan los años,—¡vaya si pasan, y muy de prisa!—y cuando uno menos se lo piensa, cátele convertido en viejo y empujado hacia el desván de los muebles inútiles por los chicleos de ayer, que se han convertido en hombres maduros, en un abrir y cerrar de ojos.

¡Qué! ¡si eso no es existir ni nada!

Los grandes estadistas y los poetas laureados, los artistas insignes y los generales victoriosos, los catedráticos sabios y los políticos profundos, son substituidos—sin que ellos mismos lo adviertan—por otros generales y otros sabios y otros catedráticos y otros artistas tan sabios, tan eminentes, tan profundos como sus predecesores, ó más que ellos. Y nadie echa de menos á los otros; antes por el contrario, cuando tardan mucho en retirarse, parece como que hacen estorbo.

Es la ley ineludible y eterna de la renovación de los individuos para la perpetuidad de la especie...

Viejos hay que se asombran y hasta se encolerizan cuando advierten esa arrolladora invasión de las generaciones nuevas y pretenden resistirlas y combatirlas, con el denuedo que presta la desesperación; pero la resistencia es inútil, como lo sería la de la hoja caduca contra la savia que ha de dar vida á nuevas hojas.

Pues anda, qué contentos se han puesto algunos políticos del viejo continente (*¡el viejo!* está dicho todo), con eso del Congreso *pan americanista*; así lo nombran... y puede ser que esté bien nombrado.

¿Saben ustedes,—dicen los suspicaces políticos europeos,—saben ustedes el fin que se propone el gobierno de los Estados Unidos, iniciador de ese Congreso?

Pues... sólo se propone lograr su provecho.

Y para demostrar esa verdad—que ciertamente no

necesitaba demostración—mencionan las cuestiones de que en ese Congreso van á tratar:

«Cuestión de influencia sobre todas las Américas.»

«Cuestión monetaria.»

«Cuestión de comercio.»

La influencia sobre toda América es claro que la pretenden los Estados Unidos.

En la cuestión monetaria, es claro que conviene también á los dichos Estados, por el sobrante de plata que hoy tienen.

En la cuestión comercial, no hay para que decir que los Estados Unidos, donde hay exceso de producción, desean organizar mercados que substituyan á la exportación europea.

Todo esto me parece muy natural.

Lo anti-natural, lo incomprensible, sería que el gobierno de los Estados Unidos hubiese iniciado la celebración de ese Congreso para tratar cuestiones que favoreciesen, por ejemplo, á Inglaterra y que á ellos les perjudicasen.

Las sesiones de ese Congreso de naciones americanas comenzarán el día 18 del mes corriente.

Pues mucho ojo y mucho oído á lo que allí dicen y hacen, porque nuestra Europa puede decir como el personaje de cierta zarzuela:

«Mi dignidad
está en un tris;
hay que tener
mucho de aquí.»

Porque esa reunión es un pinito que hacen nuestros hijos, y nuestros discípulos de ayer para subírsenos á las barbas.

Yo ya sé en qué vendrá á parar todo esto; pero no me atrevo á decirlo, porque tengo miedo de que mis lectores se asusten y de que el director de LA SEMANA vuelva á llamarme demagogo incorregible.

Y si lo soy ¿qué hemos de hacerle?

Pero de todos modos, ustedes verán, si alcanzan á verlo, como para en eso precisamente.

¿Si no puede ser otra cosa!

A. SANCHEZ PEREZ.

LAS CLASES MENESTEROSAS

CUENTO.

En un lugar de Castilla que no tengo en la memoria, vivió, yo no sé en que fecha, pero sin duda remota, un señor sobrado rico, y bruto también de sobra, y sobrado miserable, que aunque parecen tres cosas distintas, muy á menudo se vé que son una sola.

Cerca de su casa misma y en una mezquina choza, habitaban dos mujeres, semejantes una y otra en ser hermanas, ser viudas, ser feas, pobres y tontas.

Era ya tal su pobreza, que ni aún pidiendo limosna juntaban para un mendrugo capaz de tapar dos bocas, por lo cual echaron suertes

para ver quien de ellas logra, que el vecino millonario las atienda y las socorra.

Tocóle á la más delgada ir primero que la gorda, aunque ambas detrás de un junco pudieron tomar la sombra, y del ricacho á la puerta, que él abrió con mano propia, celebróse la entrevista siendo todo en esta forma:

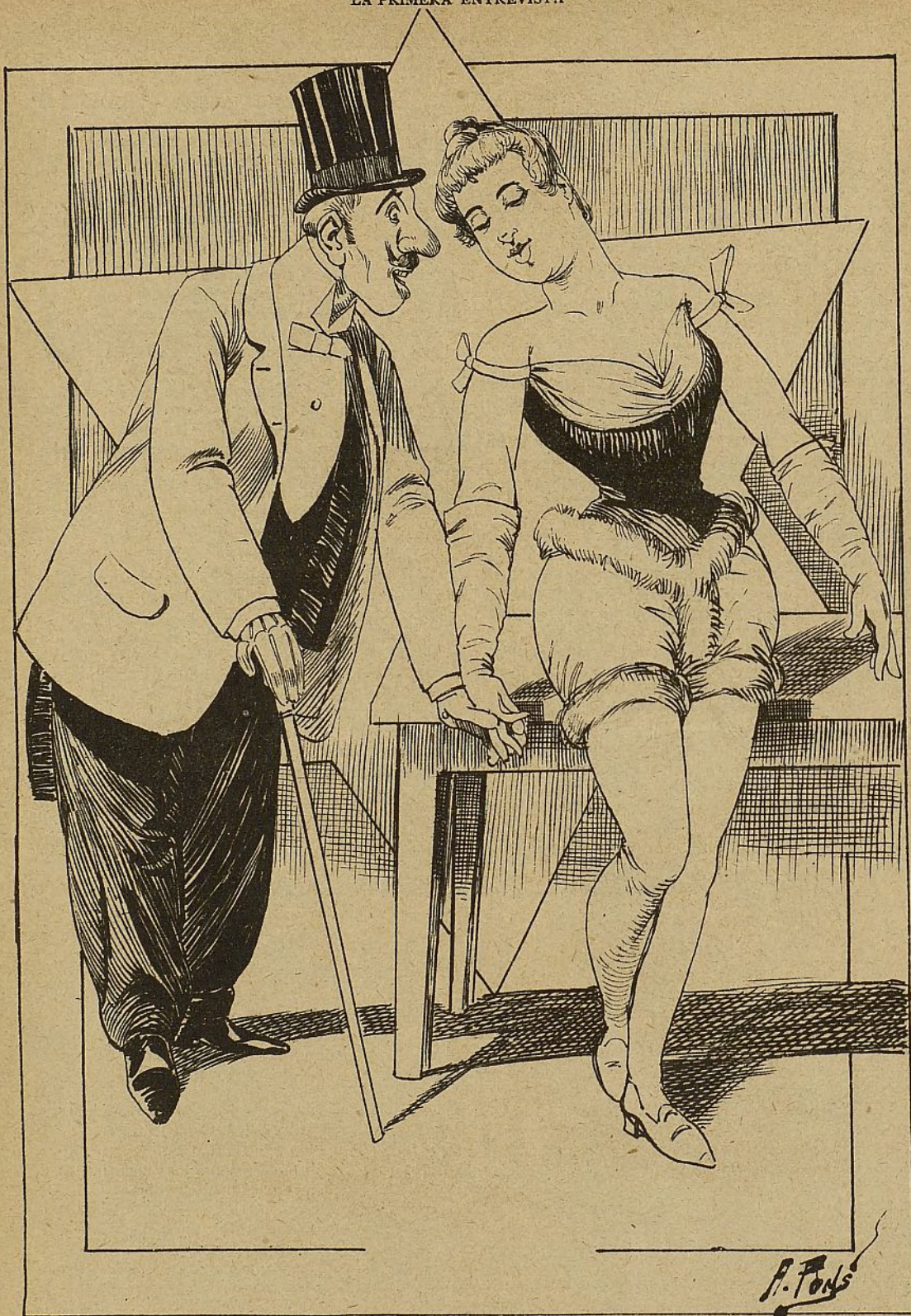
—Vecino, yo soy muy pobre, y he menester sin demora una mano que me saque de tanta y tanta congoja; he menester alimento, he menester luz y ropa, y he menester que usted sea quien mis infortunios oiga.

—Menester osas vestidos, vieja, deslenguada y loca?

Menester osas palacios, carruajes, muebles y joyas?
Menester osas mis tierras mis ganados y mis onzas?
Menester osas la vida que á mí conservar me importa?
Irás desde aquí á la cárcel, y no te mando á la horca por compasión á los muchos menesteres que te agobian.

Desde entonces en el pueblo, y luego en Castilla toda, y en España algo más tarde, y finalmente en Europa, con respeto en ocasiones y en ocasiones con mofa, á las clases desvalidas las llaman *menester-osas*.

MANUEL DEL PALACIO.



—Si Vd., buena como hermosa,
quisiera al cabo aceptar
una ofrenda... ¡poca cosa!...
(Ella, toda ruborosa,
no sabe qué contestar.)



—Bien, pero vamos á ver:
¿es que no me has de traer
aquel terno tan hermoso?
(Y ahora es él quien, ruboroso,
no sabe qué responder.)

Ayuntamiento de Madrid

COSAS DEL DIRECTOR

Sabe, mi querido Pepe
Fernandez de la Reguera,
que te preparo un julepe
de primera;
pues, por ser tú un descuidado,
aparezco hecho un tronera
en el número pasado,
en que un soneto he firmado
que para mí lo quisiera,
pero que era
fruta de ageno cercado.
Bueno fuera
que el público no supiera
ni palabra del maldito
quid pro quo,
juzgando de esa manera
que soneto tan bonito
lo he podido escribir yo...
¡pobrecito!
Mas no admito
que mi pluma prevarique
y, puesto que otro lo ha escrito,
es justísimo que explique
de quien es el tal soneto,

por respeto
al *tribuendi suum cuique*.
El soneto es de un sugeto
que me manda sus coplit's
para que se las publique.
Pero en vano
hace coplas muy bonitas
mi paisano;
porque, aunque yo me incomodo,
al subsanar el error
de la *prueba* en un recodo,
ese señor Director
—¡qué señor!—
cree que á todo me acomodo
y me afrenta
poniendo mi firma á todo
lo que llevo yo á la imprenta.
De este modo
queda explicado á las claras
el enredo;
queda mi honor sano y vivo,
y queda Manuel Quevedo,
madre del, puesto en mis aras,
mejor que cordero, *chivo*.

Pero tú, que me achacaras,
Pepe de mi corazón,
la hermosa paternidad
de aquella composición,
quedas con
la responsabilidad.
Dí, pues, en las *Chirigotas*,
la verdad,
y no des parte á *Calzada*
(que ya se ha puesto las botas)
de tu culpabilidad...
¡que él se esmera
en darnos la *gran tirada*!
Y ¡oh, mi buen amigo Pepe
Fernandez de la Reguera!
si, á pesar de este julepe
de primera,
otra vez mi firma viera,
tan campante,
acusada de embustera...
¡permítame Dios que se muera
el Obispo de Alicante!

JOSÉ DE DIEGO.

CONFIDENCIAS

I.
—Hola, Beatriz. ¡Descastada!
—¿Yo?
—Dame otro beso.
—Ten.
—Veo que te va muy bien
en tu vida de casada.
—¡Ay! sí, querida Pilar.
Desde que me hizo su esposa
Fermin, soy lo más dichosa
que te puedes figurar.
Con razón entusiasmada
estaba yo con su amor.
Chica, no hay vida mejor
que la vida de casada.
Cásate, pues es el fin
á que nace la mujer,
con hombre que venga á ser
tan bueno como Fermin.
El es un santo varón.
de estirpe de calidad
y que ocupa en sociedad

envidiable posición.
—¿Con que tan bueno es tu esposo?
—Ay, hija mía, excelente.
—¿Complaciente?
—¡Complaciente!
—¿Cariñoso?
—¡Cariñoso!
Me llama su bien, su cielo...
y se encanta y se extasia
diciéndome: —¡Gloria mía!
¡mi esperanza! ¡mi consuelo!
En fin, chica, soy feliz,
y me debes imitar.
Adios, querida Pilar.
—Adios, querida Beatriz.
II.
—¡Chica, estás desencajada!
¿Estás mala?
—¡Ay, ojalá!
—¡Qué! ¿no eres dichosa ya
en tu vida de casada?

¿Es que aquel santo varón
sacó las uñas por fin?
—Hija, me salió Fermin
un grandísimo bribón.
Sí, Pilar, estoy pasando
las penas del Purgatorio,
porque me salió un Tenorio,
sin saber cómo ni cuándo.
—¡Qué cambio tan de repente!
—Yo le creí un buen esposo.
—Sí, que era tan cariñoso,
tan bueno y tan complaciente...
Te decía en su pasión:
«Mi consuelo, gloria mía,
mi esperanza...»
—Lo decía
por una equivocación.
Ahora que ya sé la historia
sé que me insultan é infaman
sus queridas, que se llaman
Consuelo, Esperanza y Gloria.
JOSÉ ESTREMEIRA.

¡SOCORRO!

¡Socorro! No conozco palabra más socorrida.
Unas veces es nombre sustantivo común.
Otras veces es verbo.
En ocasiones como la presente, desempeña el oficio
de interjección, mejor que cualquier Sol, con ó sin Orte-
ga, el de concejal.
Puede ser nombre sustantivo propio...de mujeres
agenas.

Tambien es, la tal palabra, propietaria de muchas ca-
sas, en las principales ciudades del orbe civilizado,
(porque también lo hay sin civilizar, como quedará de-
mostrado luego): las casas de socorro.
Ayer estuve á punto de ser conducido á una de ellas:
tal fué la impresión que recibí al leer, en el número 26
de *Barcelona Cómica*, la continuación de mi folletín «*El
seductor de su esposa ó Nadie quiere hasta que Dios se
muere*».

Porque han de saber ustedes, que yo, en el susodicho
periódico, no tenía á mi cargo más que la *Revista de
teatros*, el *Folletín*, los *Infunatos y lios*, la *Corresponden*

cia, previa la revisión y corrección, *hechas por mí*, de los originales que se remitían al semanario, la corrección de pruebas, y los *epígrafes* de casi todas las láminas.

Daniel Ortiz hacia y hace la *Crónica*, los colaboradores, con sus respectivos trabajos, por ellos firmados, llenaban el resto del periódico... y lo demás corría á cargo del *titulado* director: como si dijéramos, del *titulado* general carlista X, que ni es general ni tiene título y puede que ni aun carlista sea.

Porque se dan casos.

Tuve con el tal caballero una cuestión; no hubo arreglo y *me despedí* del semanario.

En su derecho estaba el caballero en cuestión ó de la cuestión, en buscar quien me sustituyera y hasta en sustituirme él mismo.

Pero entre sustituir á un redactor y apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño, apropiándose títulos, ideas, personajes etc., hay alguna diferencia.

Y esto es lo que en *Barcelona Cómica* se ha hecho, publicando una continuación de *mi folletín* que no está escrita por mí; cosa fácil de comprender, pues yo, sin tenerme por sabio ni por meticoloso, soy incapaz de incurrir en barbarismos, solecismos y porquerías como los que abundan en el enjendro citado.

Claro está que con esta misma fecha acudo á los tribunales para que se sirvan dar un curso de derecho penal al usurpador de mi propiedad (que, según el olor

que me ha dado en la nariz, debe ser uno que se atreve á llamarse públicamente amigo mío), y otro de ambos derechos y varios torcidos al director de la publicación, que permite y autoriza semejantes atropellos.

Pero más claro es todavía que, al verme despojado, de un modo incalificable, de lo que es mío, como la acción judicial aun tardará dos ó tres días, á lo que presumo, en dejar sentir sus efectos, cúmplame entretanto denunciar ante el público el gatuperio ó la perrería (como ustedes quieran, pues ambas son cosas de animales) que en *Barcelona Cómica* se ha cometido.

Y gritar: ¡Socorro!

Que es el grito que sale de labios de todo aquel que se ve atacado por un Juanillón más ó menos literario.

Y el que yo daba al entrar en una *soirée* de un Cachupín indígena en demanda, no de auxilio, sino de una muchacha así llamada, guapa ella, zapatera ella... y que sabía donde me apretaba el zapato.

Como no tardarán en saberlo los sobredichos prójimos si es que lo son.

EDUARDO BLASCO. (*Blas Quito*).

NOTA BENE.—Escrito lo anterior, me creo dispensado de decir á ustedes que afirmaba que hay orbes y *urbes* sin civilizar... porque ciertas cosas no deben ocurrir en países, ni entre hombres civilizados.

MADRID

(A MI MAESTRO Y AMIGO, SINESIO DELGADO)

Hoy encuentro á Madrid desconocido.
¡No hay luz, no hay alegría, no hay ruid!
¡Este no es el Madrid de mis amores,
que si no tiene en su bendito suelo
ni campiña ni flores,
en cambio tiene siempre azul el cielo!

La Castellana está sin resplandores;
huyeron las cobardes avecillas
y ya por estos ámplios panoramas
las hojas desprendidas de las ramas
vuelan formando nubes amarillas.
Suspira triste y perezoso el viento,
encuétrase el paseo inhabitado,
y el mismo firmamento
parece á trechos de cristal ahumado.

Sólo alguna pareja enamorada
la Castellana con su paso anima...
¿Ocho carruajes?... ¿Diez?... ¿Esto no es nada!
Y es verdad que el invierno se aproxima
al pueblo madrileño,
que nunca teme su furor insano,
porque cifra su empeño
en tener en su círculo pequeño
inviernos más alegres que el verano?

Ya se aleja la niebla misteriosa...
¡Por fin!... ¿Quién pasa? ¡Una mujer hermosa!
Es la hija de Madrid, con los reflejos
de su sol en la frente;
es la *manola* de los tiempos viejos,
la *chula* del presente;
mas altiva que un sueño de poeta;
con el mantón en la graciosa espalda,
en los negros cabellos la peineta

y la sal en el borde de la falda
que descubre dos pájaros pequeños,
dos piés que invitan á soñar amores
con el más agradable de los sueños;
que son una monada, una delicia...
¡Aquellos piés que cuando pisan flores,
las flores agradecen su caricia!

Negros los ojos y la tez morena,
tan baja cual airosa la estatura
y la frente serena,
y un paso de genial desenvoltura.

Nunca su cuerpo se vistió de andrajes,
pues realza el aseo su hermosura.
¡Ave cantora de los barrios bajos,
modelo de la gracia en la escultura!

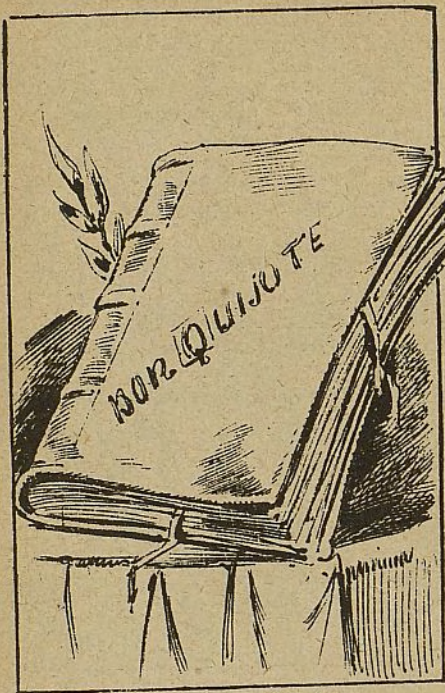
Pero ya vuelve al cielo la alegría;
ya de carruajes se llenó el paseo;
todo es luz y vaivén y algarabía.
¡Está la Castellana en su apogeo!

Ya no está el cielo oscuro,
huyen las nubes de color de plomo
y vuelve el aire saludable y puro...
¿Una tristeza aquí? ¡ni por asomo!

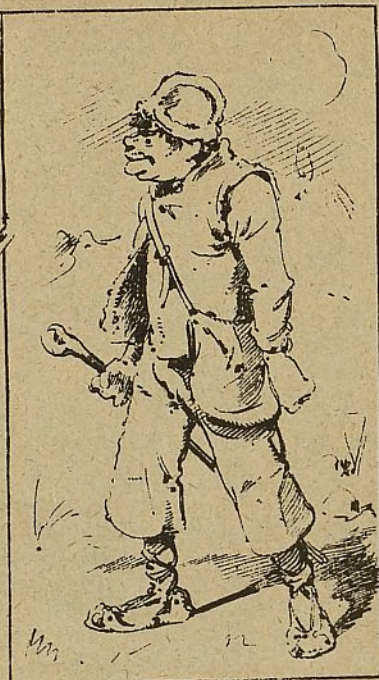
¡Bendito sea el pueblo sonriente,
siempre del sol y del placer hermano,
donde hay constantemente
inviernos más alegres que el verano!

¡Bendito este Madrid de mis amores,
que, si no tiene en la aridez del suelo
ni campiña ni flores,
en cambio tiene siempre azul el cielo!

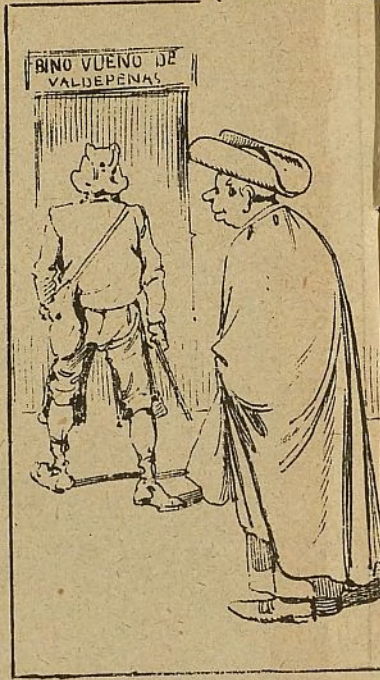
RICARDO J. CATARINEU.



En un lugar de la Mancha
(como dice cierto libro)



había un pastor muy bruto,
llamado de apodo *Digno*,
que con su cabeza intonsa,
su zamarra y sus hocicos,
más parecía una fiera
que imagen de Jesucristo.



Habiendo observado el cura
que á los divinos oficios
no iba el pastor,



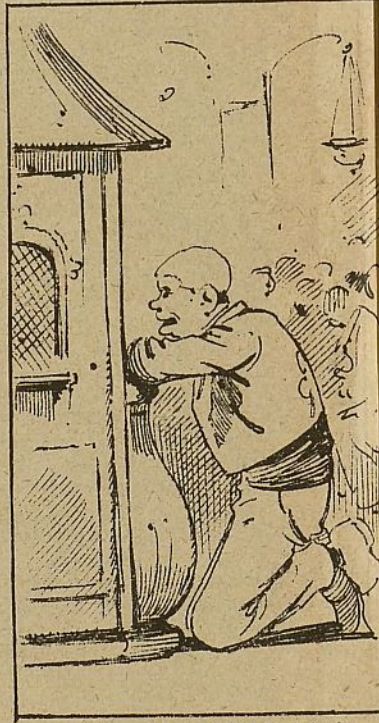
le encan-
cuyo r-
mostrá-



se afeitó, se puso limpio,



y se transformó de modo
que no parecía Digno.



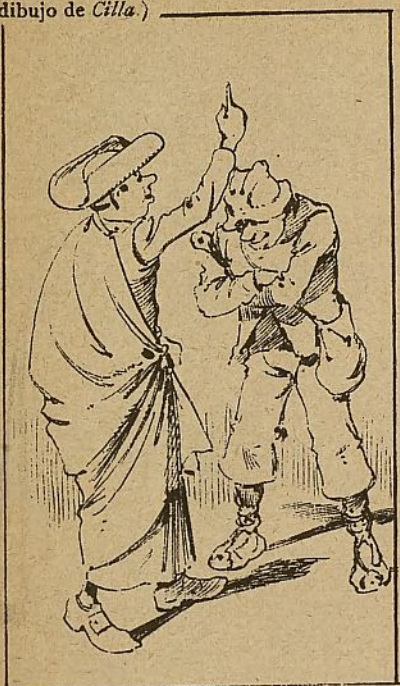
Llegado que fué á la iglesia
se confesó muy contrito,



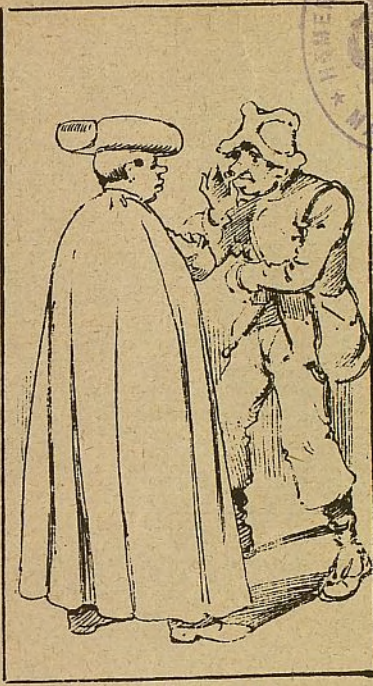
y antes
dijo el c-
lo que y-
«¡Señor



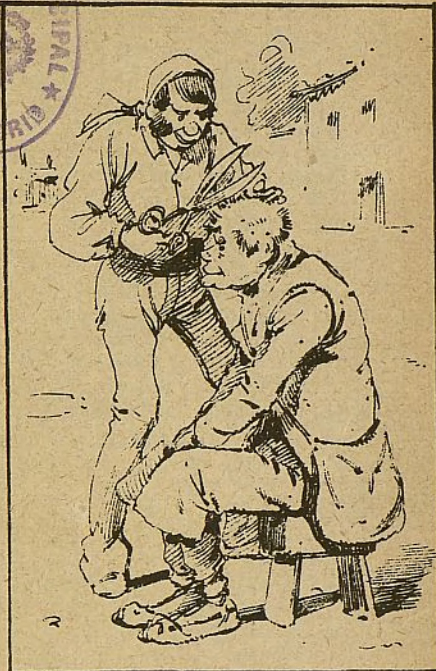
el cura
s



cierta tarde
le encajó un sermón á Digno,
cuyo resultado fué
mostrarse el tal muy sumiso



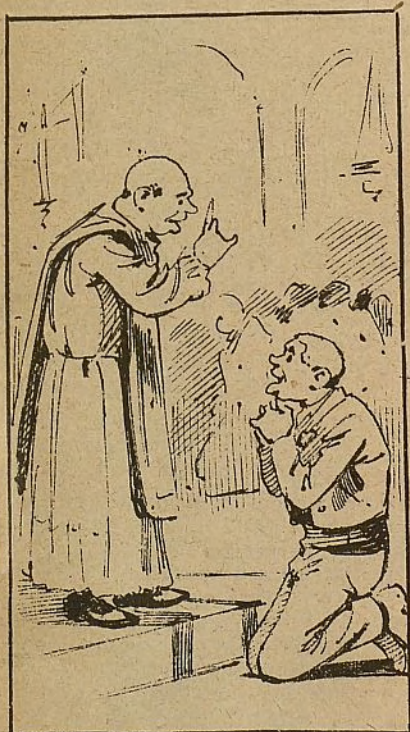
y ofrecer al señor cura
que en el próximo domingo,
iría ya á confesarse
y á comulgar de corrido.



En efecto, llegó el día,
y su cabeza de erizo
haciendo esquilár á rape,



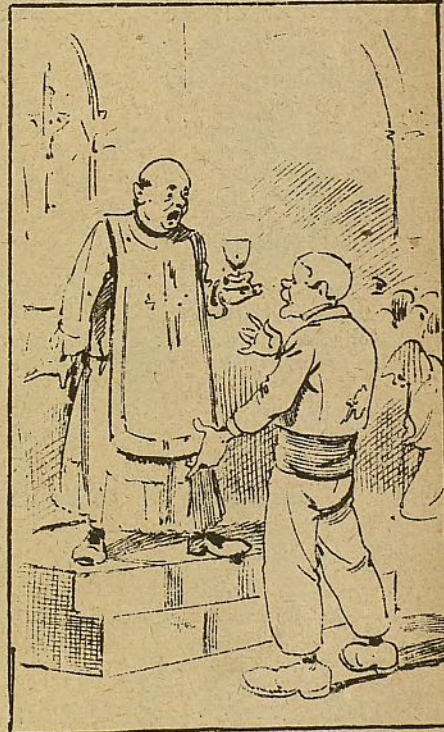
a iglesia
to,



y antes de darle la hostia,
dijo el cura:—Di conmigo
lo que yo vaya diciendo:
«¡Señor!»—Señor...—«No soy digno»...



—¡Si soy Digno!—¡Calla, bruto!
¡Qué has de ser tú!



—Soy el mismo:
¡Lo que es que vengo esquilado
y usted no me ha conocido!

¡MEA CULPA!

SONETO

De aquel volcán de amor la ardiente lava
me sigue devorando todavía.
Ya se acabó el placer, que es flor de un día,
pero queda el dolor, que nunca acaba.

Me has herido á traición... Ya lo esperaba.
No tienes tú la culpa, ingrata mía,
sino yo, que con ciega idolatría
te hice dueña de mí, siendo mi esclava.

Si yo de aquel delirio pasajero
hubiera recogido las primicias,
sin respetar de tu virtud el fuero,
hoy pudiera tal vez cantar albricias,
y vendrias más mansa que un cordero
mendigando mi amor y mis caricias.

FRANCISCO CAPELLA.

COPLAS REFORMADAS

«Pájaro que vas volando
y en el pico llevas hilo...»
¡dáselo á aquella modista,
que es ella quien lo ha perdido!

«Ni el Padre Santo de Roma
hiciera lo que yo he hecho:
dormir contigo una noche...»
¡y quedar tan satisfecho!

Aunque me oigas cantar
no pienses que es de alegría;
pues soy como el ruiseñor
que, mejor que canta, trina.

«La Virgen del Pilar, di-e
que no quiere ser francesa»,
ni tampoco que le canten
muchas coplitas como esa.

«Fres veces cogí la pluma;
tres veces cogí el tintero...»
tres veces quise escribirte
¡y no tuve para sellos!

«Cuando te veo bajar
se me blandean las patas,
y quisiera echarme á gatas...»
(¡para en carácter estar!)

CARLOS C. CATALÁ.

IL RITORNO

¡Regreso al fin á mi hogar!
¡Oh, dulce tierra querida
te vuelvo al fin á pisar!
¡Tu sola me puedes dar
aliento, calor y vida!

Tu alegre playa dejé
con duelo grande y profundo
y en otras tierras busqué
fortuna, que al fin logré
luchando en el Nuevo Mundo.

¡Queridísima pradera,
esnaltada por las flores
que arrulló la primavera;
confidente placentera
de mis cándidos amores!

¡Manso río caudaloso,
que recoges los destellos
del lucero esplendoroso;
que copiaste sus cabellos

y su talle delicioso!

¡Auras puras del estío,
las que oísteis la canción
que en mi loco desvario
murmuraba el labio mío
palpitante de pasión!

—¡Campanario del lugar!
Avecillas de la selva,
que la oísteis murmurar:
«¡Santo Dios, haced que vuelva!»
¡Que le pueda yo abrazar!

Avisad á mi adorada
que de América volví;
que es mi prenda idolatrada;
que mi dicha está colmada;
que por ella vuelvo aquí.

¡Qué silencio, que dolor!
se apagó la luz febea;

ni una brisa en derredor;
no se escucha ni un rumor
en las calles de la aldea.

¡Cómo tiemblo! ¡Ya llegué!
Ya estoy frente de su casa.
¡Qué cerrada! llamaré
y por fin me libraré
de esta duda que me abrasa.

—¡Vive aquí Don Diego?—No.
—¿Pues en donde vive ahora?
—En el cielo. —¡Falleció!
—Y también doña Teodora.
—¿Y... Enriqueta?—Se casó.

—¡Santo cielo! ¿Qué escuché?
¡Se ha casado! ¡No! ¡No es cierto!
La traidora... ¿Y yo la amé?...
(Suerte que yo me casé,
porque si no... ¡me divierto!)

JOSÉ M.^a DE LA TORRE.

EL NIÑO ENFERMO

I.

—Valiente bruto es el médico... Nada, no me atajeis,
¡bruto he dicho? pues no me desdigo... ¿Que estudió? Se
guramente, ni jota de lo que le importaba estudiar.
Miren, si no, nuestro niño; apenas respira, y el médico
tomó por enfermedad del vientre lo que tal vez sea del
pecho. ¿Y de remedios? ¿No los hay para aliviar con
presteza?... Por otra parte, nada hay que más irrite que
ver al médico sentarse un momento, y tomando la manita
del niño, hacer que hace, recetar y salir muy gravemente
y como si tal cosa... ¡Oh, maldita existencia!... ¡tener
hijos, presenciar su misteriosa venida al mundo, criarlos

con el celo con que se cría una planta que tuviera por
raíces nuestro propio corazón... y luego!...

Esta terrible reticencia suponía un espantoso pensa-
miento, que guardaba sin duda analogía con las demás
sombras de la noche... El reloj iba midiendo la monoto-
nía de aquellas horas de angustia...

Ventura se hallaba en esos momentos durante los
cuales la luz, á cuyo rayo parecen aclararse las más
complicadas ideas y se forman los más laboriosos juicios,
se apaga, y el corazón se ve, á pesar suyo, dominado,
ora por melancolía irremediable, ora por necios aco-
metimientos de enojo exaltado.

Allá, en el fondo de la alcoba, meciedo la cuna ado-
rada, la madre lloraba, tal vez confiando en Dios,
llena de esperanza, ó temerosa, aunque sin querer figu-
rarse toda la extensión á que pudiera llegar el mal.

La enfermedad no era nada, mejor dicho, no había sido; el padre creía entender de estas cosas... Si se habían agravado los síntomas, no había duda, alguien tendría la culpa: el médico, la indiferencia del médico, la ignorancia del médico... Por qué, si no, el doctor no se había quedado allí durante todo el día y aun toda la noche? ¿De modo que los médicos visitaban tan sólo por ganar el dinero? ¿No se interesaban por la salud de sus enfermitos? El ataque se produjo... La tos, la ruda tos que acometía al niño hasta ahogarle su pecho, se espasmodizaba sibilante con un afán agónico.

¡Oh, qué triste era oírle y ver el flamear de la luz haciendo danzar fúnebres sombras por las blancas paredes de la habitación!

La madre pudo calmar un tanto la angustia de su querido niño; una cuchara con jarabe, un santo jarabe que dió á cucharadas á su hijo, devolvió á éste el descanso.

¡Dios mío! ¿se ahogaría el niño en uno de esos ataques de tos? El padre lo temía y nada más espantoso para aquel pobre hombre que aquella horrible idea. ¿Cómo? ¿no habría de volver á ver al pequeñuelo sonriente y gozoso, asaltándole para abrazarse á sus piernas cuando él volviese del trabajo? ¿No volvería á ver aquella cabecita blonda y rizosa, aquellos ojos azulados, llenos de brillo y de alegría, aquella lengüecilla de pajarillo en alborozo?

El médico debería haber evitado aquello... ¿No basta un medicamento? Otro... Ya no se consigue con una untura, pues un parche; sino, una bebida, u otra... Para el padre, allí no se debía de dar descanso, lanzando furiosa desesperadamente sobre el mal, todo un arsenal de bocan... La impaciencia del padre y su furor rayaban en la locura...

¡Oh! qué horas más largas y angustiosas!

No había otro remedio sino el de pasarlas fuma que te fumarás...

¡Pobre pequeño! ¡Y pensar que hacia pocos días se había hallado listo y gozoso, correteando de aquí para allá! Al padre se le antojaba que él, sin duda, era el único padre que sufría semejante prueba. ¡Cuántas veces había escuchado con tristeza, pero en realidad con más indiferencia de la que el caso requiere, la noticia de que algún compañero había perdido á su hijo!

Al fin, las fatigas de un penoso día de trabajo y de una espantosa noche le rindieron y se quedó profundamente dormido.

II

Cuando despertó era ya muy avanzada la mañana; felizmente no era día de trabajo; por supuesto, que hubiera dejado de ir á él... No hubiera podido separarse de su hijito...

Oyó hablar en el cuarto, contiguo á aquel en que se hallaba.

Era el médico... el paseante... el holgazán, el pillo,

conforme Ventura le había llamado la noche anterior, pensando entonces como nunca que todas las profesiones en las cuales no se trabajara con un azadón, no eran sino verdaderas farsas... para comer sin trabajar.

El médico era un hombre joven, de rostro pálido y un poco austero; miraba con serenos ojos y parecía fijarlos muy atentamente en todo; su habla era reposada y dulce; empleando, por lo demás, pocas, muy pocas palabras...

Ventura se detuvo á oírle lleno de temor... A la verdad, en el fondo casi temía comprender la ojeriza que por el médico había sentido.

—No tenga usted cuidado alguno—decía el médico á la madre.

—¿Le halla usted mejor, D. Juan?

—¿Le hallo salvado!

—¿Cómo, D. Juan! ¿salvado?—exclamó de un modo violento, precipitándose en la habitación.

—Sí, salvado de un gravísimo mal; nada se podía hacer más de lo que se ha hecho, pero lo que se ha hecho ha sido decisivo.

La madre miraba al médico cual si tuviese ante sí la cara de un bendito angel; el padre le miraba, sonriendo y lleno de gratitud y con ese profundo sentimiento de admiración á la ciencia que sin duda atesoraba el joven doctor.

¡Qué harían! ¡qué harían con el médico uno y otro!...

Nada; era poco, muy poco, lo que ellos podrían hacer.

¡Salvado el niño! ¡Oh, qué alegre era la luz del sol, qué aspecto risueño parecían tomar todos los objetos... cuán dilatado el corazón de Ventura, se sentía ebrio por la felicidad!

La madre, que hubiera besado las manos del médico, lloraba de gozo.

En cuanto al doctor, no había perdido ni por un solo momento su serenidad; hubo de sonreírse dulcemente, y tornó á manifestarse grave y silencioso.

—¡Qué hombres!—pensaba Ventura,—¡no se alegran por nada!

—Vaya, hijos, á Dios... Tengo prisa, me espera un enfermo, al cual no hallaré seguramente en el estado en que se halla vuestro niño...

—¿Sabes, María, que hay oficios espantosos?

—¿Qué quieres decir, Ventura?

—Quiero decir, que es cosa bien apenada andar todos los días de esta á la otra parte, viendo á uno que se salva, á otro que se muere y con los oídos aturridos de lamentos, de quejas, de dolores...

—Ah, pues mira... Por eso me daba pena oírte anoche hablar como hablabas del pobre D. Juan.

—¿Qué quieres?... Así es uno: muere y resucita á cada momento...

José ZAHONERO.

TOMADO AL VUELO.

—Pues en llegando la hora, pegamos un empujón y entramos como Perico por su casa. Dentro, yo fustigo á las niñas.

—¿Eh?

—Las fustigo, sí, señor. Ya verás tú si las hablo con toda la perfección. «¡Ciudadanos, compañeros! el mundo ya es libre hoy

y es libre el alvidrio.»

—¿Cómo?

—¡El pensamiento, melón!

«¡Aquí todos somos unos!»

—¿Unos qué?..

—¡Calla, redi sí!

Unos, punto. Ya no hay más;

se ha acabado la oración.

«¡Ciudadanos!» continuo...

—Si te dejan...

—¡No que no!

Entre nosotros no hay clases, ni nadie dice chitón...

Cada uno habla lo que quiere y como quiere.

—¡Por Dios!..

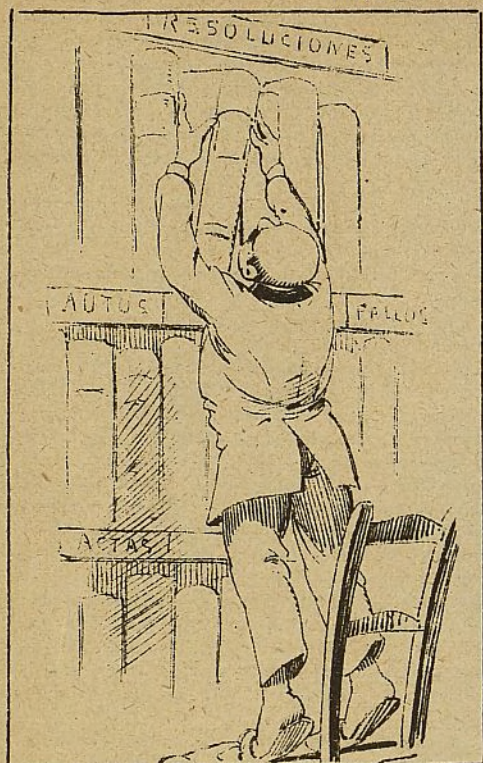
¿Pero hablan todos á un tiempo? Será aquello un lío atroz...

O irán por orden...

—¡No hay orden entre socialistas!..

—¡Oh!

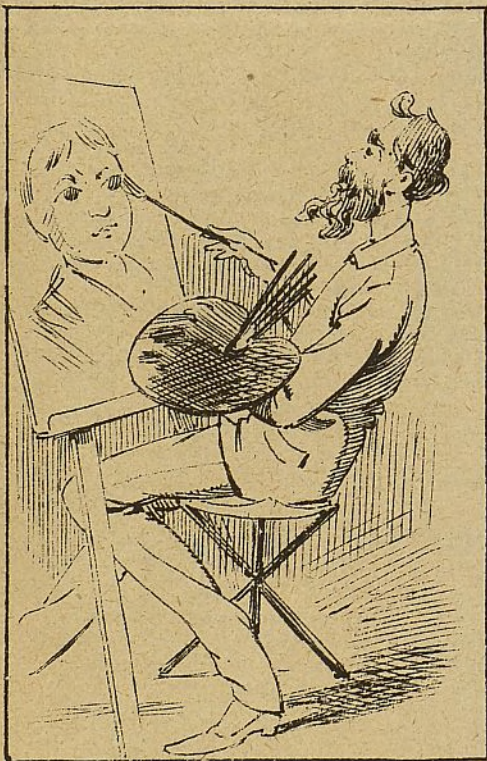
FRASES CORRIENTES



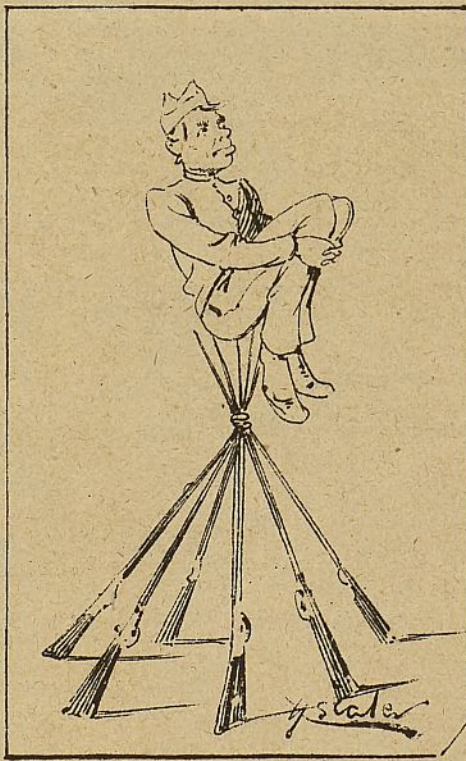
TOMAR UNA RESOLUCIÓN



ALZAR EL GALLO

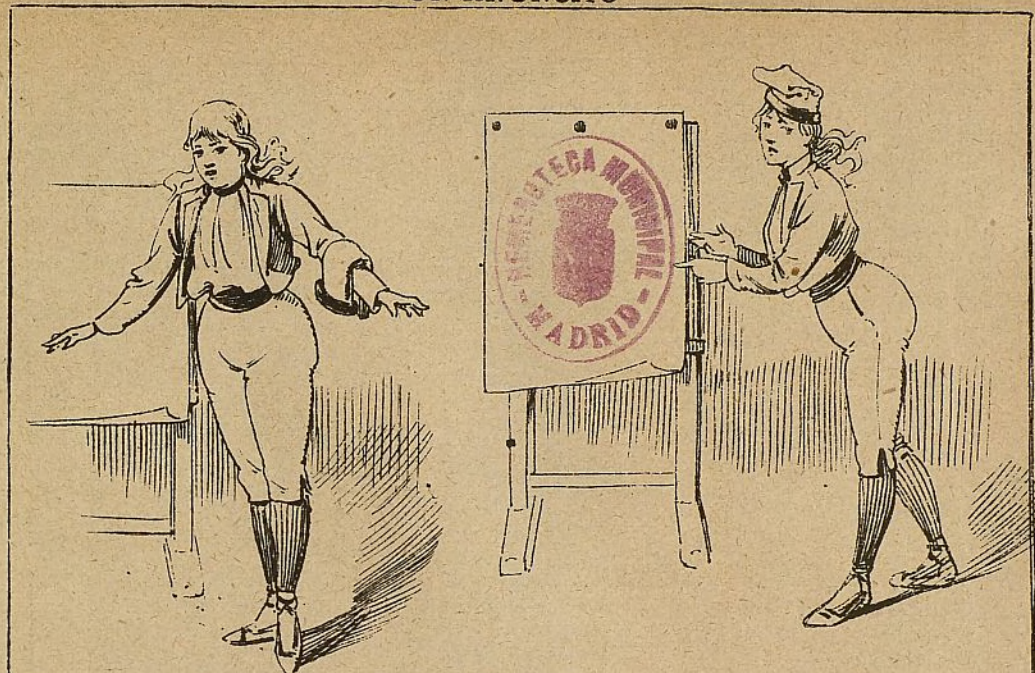


HACER LA VISTA GORDA



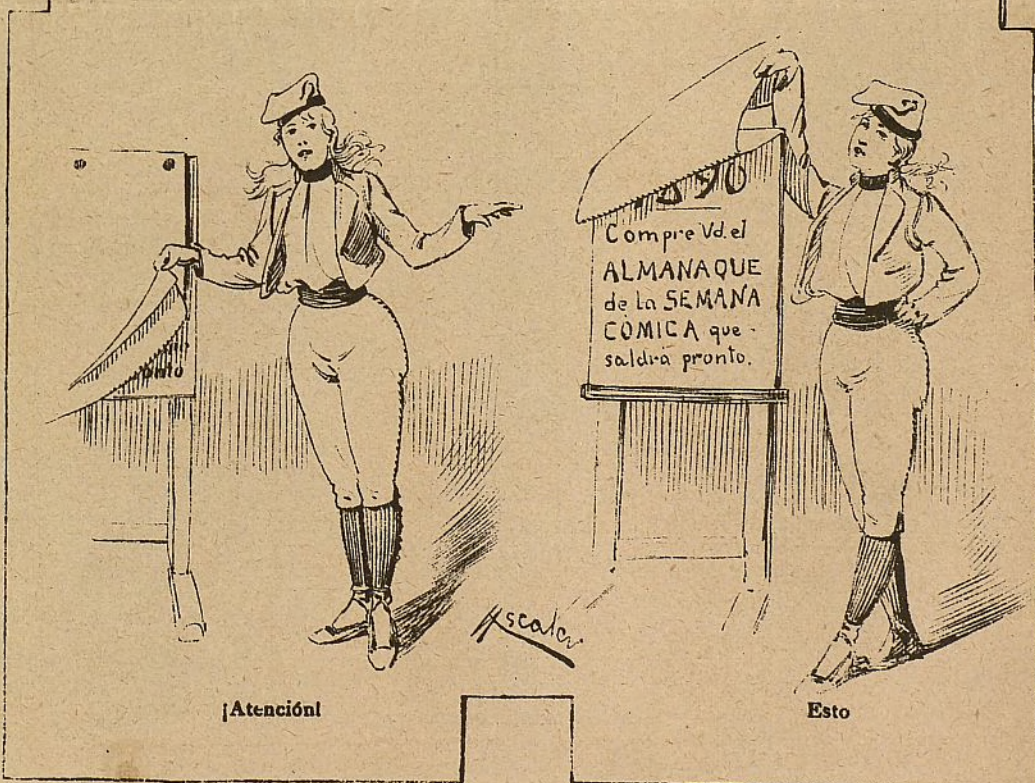
ESTAR SOBRE LAS ARMAS

UN ANUNCITO



—Señores y señoras: voy á tener el honor de enseñar á ustedes una cosa, para mí sumamente *interesante*.

Fíjense ustedes.



¡Atención!

Esto

Pues resulta el socialismo
anti social. ¡Di, Pepón!
¿qué es lo que pedis vosotros?
—¿Qué pedimos?... ¡El terror!
El 99, vamos..
—¿A dónde? ¿a la prevención?..
—Pedimos que a los burgueses
los *agolotinen* por
mandrias y otras circunstancias
agravantes...

—¡Digo yo!
¿Y quienes son los burgueses?
—Pues... los de Burgos..
—No doy
por qué las gentes de Burgos
merecan persecución.
—Porque toos esos trafican
con nuestro propio sudor....
—¿Y cómo? ¿cómo se arreglan?
—Lo venden ó qué sé yo...

Conque, ¿te animas, Carota?
—Claro que me animo y voy...
—Pues anda... ¡otro partidario!..
¡Viva el mundo! ¡Qué alegrón
que se van á dar los otros!..
De la que estalle, chavó,
y tocs seamos poder
y rijamos la nación..
¡pues menuda es la lumera
que nos tomamos los dos!..
FERNANDO SEGURA.

DE CONTRATA

—¡No sé si me convendrá!
—¡Vaya si le convendrá!
Trabajo grande, pequeño,
zarzuela, baile también,
y todo lo que usted quiera
porque todo lo sé hacer.
De óperas tengo el *Otello*,
la *Lucía* y *Lucifer*,
quiero decir *Mefistófele*
¡y que lo canto muy bien!
no es porque yo esté delante,
pero ya juzgará usted.
De zarzuelas un monton,
y *dramoteo* también;

en fin, puede usted escucharme
y ya veremos despues.
«Doña Inés del alma mía...»
—¡Señor mío, esto es cruel!
¡declame usted en su casa!
— ¡Bueno, bueno, cantaré!
—Hombre, como abra la boca
le pego dos puntapiés.
¡Haga el favor de marcharse!
— ¡Bien, señor mío, muy bien!
Esto pasa con nosotros;
si uno tuviera buen pié
y en lugar de pantalones
llevara falda y corsé,

ya me habría usted escuchado...
Pero es claro, como ven
que con nosotros... no hay caso...
Pero se lo contaré
á un amigo periodista,
para que le saque á usted
los colores á la cara.
—Yo si que le sacaré,
si no se marcha, las muelas.
—¡Só grosero! .. ¡Descortés!
—¡Adios, actor de.. camama!
—¡Adios! ¡Ducazcal fané!

ANTONIO FANOSA.

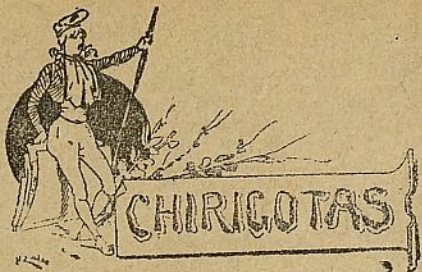
A MI ESPOSA

Queridísima Eloisa:
te volveré á repetir
que no puedo consentir
que tu seas poetisa.

Ya te he dicho cien mil veces,
de cien mil modos diversos,
que no quiero que hagas versos,
sino que cosas y reces;
que en lugar de hacer quintillas,
redondillas y sonetos,
y décimas y cuartetos,
hagas flanes y rosquillas;

y que te dejes de glosas
y de silvas y baladas,
y que me hagas empanadas
que serán más provechosas;
que abandones tu pasión
por Tassos y Moratines,
que zurzas mis calcetines
y arregles mi pantalón;
que no te metas en líos
de versos, porque habrá palos,
y, que para versos malos,
bastantes hay con los míos.

FÉLIX MÉNDEZ



Puesto de rodillas humildemente, con las manos plegadas en s6n de ruego y bañada en lágrimas la suplicante faz, ruego   los señores que me han remitido composiciones para el peri6dico, y   quienes hace dos   tres semanas que no contesto, que me dispensen.

Nos tiene locos, locos, la confecci3n del Almanaque, que nos está dando más trabajito del que Vdes. se pueden figurar.

La semana pr3xima, libres ya de este cuidado, podremos atender debidamente   todos.

Y dicho esto que digo,
callo, medito, me sereno y sigo.



PUBLICACIONES.—Enterado ya el cuerpo de Correos (por los ejemplares que ha *irregularizado*) de las excelencias de *El primer choque*, ha dejado al fin que llegue   mis manos un ejemplar de la comedia de mi respetable amigo D. Antonio Sanchez Perez. Es *El primer choque* una obra primorosisima, en la que no se sabe que admirar más, si las filigranas del lenguaje, siempre sencillo y correcto,   la belleza del pensamiento y la naturalidad y el buen gusto en el desarrollo de la acci3n. Mis plácemes   D. Antonio.

El estuante brujo   Las maravillas de la ciencia. Pertenece este tomo   la «secci3n de recreo» de la acreditada *Biblioteca Util*. Precio: 1 real.

Versos y poesias, de D. Camilo Pou, de Palma de Mallorca. Precio 3 pesetas.

Anuncio, zarzuela de D. J. Montero (hijo), estrenada con merecido éxito en el *Eldorado* de esta ciudad.

Almanach Catal , publicado por D. José M.^a Bernis,   beneficio de los habitantes de Puigcerc3s. Precio: 2 reales.

Plata Meneses, colecci3n de bellísimas poesias de mi amigo y colaborador D. Emilio del Val; láminas de Cilla, Puentes, *Mecachis*, y fotografados de Laporta.



Entre amigas:

La una.— Qu  edad tienes?

La otra.— Qu  te importa? Nunca se tiene más edad que se representa.

La una.— De veras?  No cre  que fueras tan vieja!



Leo:

 Un sujeto que   la una de la madrugada sal  del Alcázar Español, sito en la calle de la Union, empezó   dar voces de:   auxilio!    asesino!  motivando que

acudieran   dicho sitio gran número de personas y algunos agentes de la autoridad. 

Noten Vdes. que acudieron personas . y agentes de la autoridad.

Ergo... los agentes de la autoridad no son personas  Que serán, Dios mío?

Pero sigamos:

 Interrogado acerca del motivo por que daba los gritos, manifestó que al salir del citado establecimiento cuatro sujetos le habían pegado una paliza y que otro le había dado una puñalada, sin que, al parecer, le hubiesen ocasionado daño los palos ni la puñalada, por lo que fué conducido al juzgado  

Pues no lo entiendo.

Porque... será crimen el salir ileso despues de un vapuleo.

Pero si lo es  haz Dios mío, qué incurra yo en delito cuando me den una paliza!



Dice *El Noticiero* que toda la prensa madrileña ha felicitado   los directores de *La Monarquía* y de *El Resúmen* por su reciente elecci3n de concejales.

Y luego añade:

 En Madrid no se ha extinguido todavía el compañerismo entre periodistas 

Vamos...

Ya vep que sigue bien de indirectas el Padre Cobos...



De Fernandez Brem3n:

Juanito est  rico: le ha tocado la lotería y es comil3n; lo revela el modo de mirar el escaparate de unos andaluces, en donde hay varios montones de pájaros fritos. Est  suspenso porque no sabe si los pájaros fritos se venden por libras, raciones   en otra forma. Por fin, entra en la tienda y se sienta delante de una mesa.

—Tr igame usted pájaros —dice al mozo.

— Cu ntos quiere usted?

Juanito cavila, luego balbucea, y exclama por fin, con la viveza de quien ha tenido una idea luminosa:

—Tr igame usted dos bandadas.



Entra en la tienda de un ortopédico un hombre apoyado en dos muletas.

— Vende usted piernas de madera? —pregunta el cojo.

—Si señor.  Cu ntas necesita usted?



Mi amigo C... es casi un gigante. Su señora quiso regalarle un bast3n, pero todos le parecían chicos.

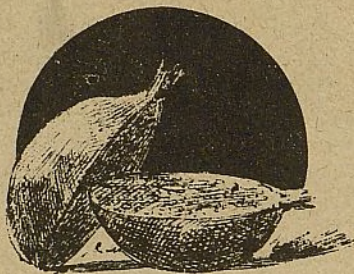
—Este servirá, señora...

—Es pequeño.

—Pero repare usted en la longitud del palo.

—No conoce usted la estatura de mi esposo. Necesita un palo mayor.

Imp. Militar y Comercial.—Arco del Teatro, 9 (pasaje.



Un par de medias.



Un buen par.

ANUNCIOS

CORRESPONSAL

exclusivamente encargado de la venta de

LA SEMANA CÓMICA

EN MADRID

D. JULIAN RODRIGUEZ,

TESORO, 5, BAJOS.

UNICA CASA AUTORIZADA PARA LA VENTA,
SUSCRIPCION Y RECLAMACIONES

DE

LA SEMANA CÓMICA

Sra. Viuda de Pozo e Hijos

GALERIA LITERARIA

Calle del Obispo, número 55, Librería,
HABANA.

LA SEMANA CÓMICA

PERIODICO LITERARIO, ILUSTRADO, FESTIVO

Vertrullans, 3, 1.º Barcelona.

Publica artículos y poesías de los mejores escritores y
láminas de los más celebrados dibujantes.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona.	Trimestre.	1'50 ptas
Fuera.	"	2'50 "

En Ultramar y en el Extranjero, fijarán los precios los
señores corresponsales.

NÚMEROS ATRASADOS: DOBLE PRECIO

— ESTA YA HACIENDOSE LA TIRADA —

— 3 DEL 2 —

ALMANAQUE de La Semana Cómica

que contendrá dibujos de Apeles, Mestres, Cilla, Cuchy, Escaler, *Mecachis*, Moya, Pellicer, Pons, Vazquez y otros, y texto de Ansorena, Codolosa, Delgado (D. Sinesio), Diego, Fernandez Saw, Grilo, Guimerá, Oller (D. Narciso), Palacio (D. Manuel), Sanchez Perez, Federico Soler (*Pitarra*) y otros que sería interminable enumerar.

Precio del almanaque: DOS reales